

Apuntes de la asignatura Historia y Pensamiento

Por Pablo Sanahuja Ferrer

6-La visión islámica de la historia

6.1- Contexto: desde la gran expansión islámica a la caída del Imperio Islámico

El Imperio Islámico constituye uno de los fenómenos más inexplicables de la historia, ¿cómo un puñado de tribus árabes consiguió formar en poco más de un siglo uno de los mayores imperios que ha visto la humanidad? Y, más importante aún, ¿cómo consiguieron mantenerlo durante más de 500 años? A la muerte del profeta Muhammad (Mahoma) en el 632 el poder de las tribus árabes islamizadas se extendía sobre toda la península arábiga, pero fue a partir de entonces cuando se inició una expansión sin precedentes.

La muerte del profeta sin especificar quién debía sucederle ni cómo debía ser elegido provocó la primera crisis interna, resuelta de manera pacífica con la elección de un “califa” de consenso, Abu Bakr (632-634). Con este se inicia el período de los “califas rashidun” (bien guiados). A su muerte, según algunos envenenado, fue elegido califa Umar Ibn al-Jattab (634-644), con quien se inicia la gran expansión. Fue este quien se enfrentó a las dos mayores potencias del momento, Bizancio y Persia, y las derrotó, haciéndose con el control de Siria, Palestina, Egipto y Mesopotamia. Su piedad y humildad le consagraron como uno de los mejores califas.

Tras la muerte de Umar, asesinado por un sirviente persa, fue elegido Uthman Ibn Affan (644-656), durante cuyo califato se emprendió la escrituración del Corán, reuniendo una comisión de compañeros del Profeta que recordara las recitaciones de Mahoma. Además de seguir expandiendo los dominios islámicos frente a bizantinos y persas, Uthman tuvo que afrontar enormes tensiones internas, que le acabarían costando su vida. Es entonces cuando estas tensiones se desataron y a su muerte en el 656 fue elegido califa Ali Ibn Abi Talib, primo y yerno de Mahoma. Acusado de complicidad en la muerte de Uthman por los familiares de éste, los Omeyas, se desató una guerra civil, la primera “fitna” que culmina con el episodio de la batalla de Siffin, en la que se produjo un empate técnico, se trató de solucionar con un arbitraje, cuyo contenido desconocemos. Finalmente, cada vez con menos apoyos, Ali fue asesinado por un grupo de antiguos partidarios, que más tarde se convertirían en los “jariyies”, quienes también atentaron

contra el líder omeya, Muawiyya, gobernador de Siria, aunque este sobrevivió y acabó haciéndose con el califato, que le fue cedido por el hijo de Ali, Hasan, a cambio de la promesa de sucederle. Como este falleció antes que Muawiyya, la promesa no se cumplió, nombrando éste como sucesor a uno de sus hijos. Esto tendría dos repercusiones, la primera, se consolidaba la división entre los sunníes y los chiis, partidarios estos últimos de que el califato lo ostentara un descendiente de Ali. La segunda, se iniciaba el califato Omeya.

El califato Omeya (661-750) supuso la época de mayor expansión territorial del Imperio Islámico. El centro de poder de la familia Omeya se encontraba en Siria, con capital en Damasco (antes había estado en Medina). Fue una etapa caracterizada por la adopción de formas y contenidos del mundo greco-latino, siendo denominada como una etapa “mediterránea”. Pero también fue una etapa de gran inestabilidad. El establecimiento del sistema hereditario, la creación de una pesada burocracia de inspiración bizantina y los enormes impuestos, todo esto unido a las formas de un gobierno autoritario, provocaron que el gobierno de los Omeya fuera percibido como absolutista y opresivo. Una injusticia mayor por los desmesurados privilegios y repartos de botín que los miembros del clan reinante obtenían de las conquistas, frente al reparto igualitario de la primera época.

Los conflictos no dejaron de sucederse, teniendo en común uno o varios de los siguientes problemas: la tradicional oposición tribal entre Qaysies (árabes del norte) y Kalbíes (árabes del sur), las protestas de los nuevos musulmanes ante los privilegios de los árabes y la desigualdad (problema vinculado a los jariyies), y el problema sucesorio (representado por chiíes y partidarios de que el califato recayera en un miembro del clan de los hashemíes, al que pertenecía Mahoma). Así, los Omeyas no encontraron tregua ante la Segunda Fitna (680-692), la Rebelión Bereber (740-743), la Tercera Fitna (744-747) y, finalmente, la Revolución Abásida (749-750).

El carácter de esta última revuelta ha sido difícil de aclarar por parte de los historiadores, pues prácticamente se conjugaron todos los problemas antes mencionados y aunque en un principio el propósito de la revuelta era restablecer a los descendientes de Ali en el califato, nadie sabe cómo, pero Abu-l-Abbas, el líder de una rama secundaria del clan hashemí, se hizo con el control de la revuelta y se proclamó califa. Tras derrotar a los Omeya en la batalla del Gran Zab, el nuevo califa quiso invitar a la familia Omeya a un banquete de reconciliación, situación que aprovechó para asesinarlos a todos, o a casi todos...

Con los abasidas se inicia un período de orientalización del califato debido a la adopción de formas y costumbres procedentes del mundo persa, tendencia materializada en la fundación de una nueva capital, Bagdad. Fue la etapa de mayor esplendor cultural del mundo islámico, especialmente durante el reinado de Harun al-Rashid (786-809). Aún así, la inestabilidad política fue evidente, sobre todo a partir del siglo X, cuando los territorios periféricos empezaron a independizarse de facto (hasta entonces algunas familias gobernaban bajo la autoridad nominal del califa). El recurso a tropas turcas fue cada vez más común, hasta el punto de que llegaron a hacerse con el poder del califato a través de la figura del visir y con el apoyo del ejército, el cual dominaban. Llegaron hasta crear incluso importantes principados, como el selyúcida en Anatolia.

Entre 1135 y 1225, los califas abasíes recuperaron la independencia política y extendieron su control sobre Mesopotamia, derrotando a los selyúcidas y otras amenazas. Sin embargo, la llegada de los mongoles dio al traste con los sueños de restauración califal, viéndose el poder califal reducido prácticamente a la ciudad de Bagdad y su entorno. Finalmente, Hulagu, nieto de Gengis Khan, tomó Bagdad e hizo asesinar al último califa en 1258. Toda la familia abasida fue eliminada, salvo un miembro que consiguió escapar y creó una dinastía que reinaría Egipto hasta 1517 (reinaría mas no gobernaría).

6.2-Ibn Jaldún (1332-1406)

Ibn Jaldún nació en Túnez en 1332 en el seno de una familia de origen andalusí que había abandonado Sevilla cuando fue recuperada por los cristianos en 1248. Se trata de un autor posterior a la época dorada de la cultura islámica y se enmarca en el contexto de la decadencia política del Islam. A pesar de los intentos de Ibn Jaldún de demostrar su parentela con Mahoma, el origen bereber de su familia parece fuera de toda duda, de hecho, los bereberes son uno de los protagonistas de su obra.

Servidor primero de los Hafsíes de Túnez, la derrota de estos le llevó a ponerse bajo las órdenes del sultán de Fez, el meriní Abu Inan Faris, ámbito en el que se involucró en una serie de conjuras políticas, a través de las cuales alcanzó un elevado cargo político. Cuando las tornas cambiaron, Ibn Jaldún emigró a Granada, poniéndose al servicio de Muhammad V, para quien desempeñó importantes misiones diplomáticas (por ejemplo ante Pedro I en 1364). Tras ello regresó al Norte de África, donde sus dotes como político y sus buenas relaciones con las tribus bereberes hicieron que fuera muy demandado por los gobernantes locales. Finalmente, emigró a Egipto, donde desempeñó diferentes cargos

y donde incluso llegó a ser embajador ante Tamerlán, de quien dejó una descripción. Finalmente, fallecería en el Cairo.

La principal obra de Ibn Jaldún es el *Libro de la evidencia, registro de los inicios y eventos de los días de los árabes, persas y bereberes y sus poderosos contemporáneos* (generalmente presentado como *Kitab al-'Ibar* o *Historia de los árabes*), una historia universal donde aparte de estudiar a los pueblos islámicos se centra también en griegos, romanos, hebreos y asirios. La obra se compone de siete libros, el primero de los cuales, *Muqaddima* o Prolegómenos, sirve de prólogo y suele ser considerado una obra aparte por la multitud de ideas y teorías de diferente carácter que allí trata.

Es en el *Muqaddima* donde presenta una teoría del conflicto social partiendo de la dicotomía entre vida sedentaria y vida nómada, y aunque ensalza las virtudes del nómada, considera que la conquista de una ciudad por los nómadas la condena a la decadencia. El concepto clave es el de “cohesión social”, que para Ibn Jaldún es la principal ventaja de las tribus, una ventaja que puede ser ampliada por medio de la religión. Es esa cohesión la que puede llevar a un grupo al poder, pero también la que guarda las semillas de su decadencia y sustitución. Desarrolla así una teoría del ascenso y caída de los imperios. Así, considera que el punto álgido de una civilización viene seguido por su decadencia, la cual permitirá la conquista por un grupo de bárbaros más cohesionado. Unos bárbaros que tras consolidarse en el poder se ven atraídos por los elementos más refinados de la cultura dominada, los cuales asimilan debilitando su cohesión, perdiendo su virtud, e iniciando su decadencia.

Desde el punto de vista económico, Ibn Jaldún fue el primero en analizar la dinámica de los mercados, enunciando conceptos económicos actualmente básicos como precio, beneficio, capital, población. Describe la dinámica económica como un conjunto de procesos de valor agregado. También desarrolló una teoría monetaria similar a la que por entonces se desarrollaba en la Universidad de Salamanca, teoría que considera que el dinero debe tener un valor intrínseco procedente del metal precioso que conforma la moneda y que esta no debe alterarse.

Este autor también reflexionó sobre el Estado, al cual considera como una necesidad humana para limitar la injusticia dentro de la sociedad mediante el uso legítimo de la fuerza, lo que paradójicamente implica una injusticia. La paradoja no le impide afirmar que toda sociedad requiere de un estado que la rija para poder sobrevivir, y es en el desarrollo de las necesidades básicas de esa sociedad donde se encuentra el origen de la civilización, la cual se desarrollará y extenderá, hasta el punto de que se debilite y sea

controlada por un grupo del desierto o por un sector insatisfecho. ¿Y cómo se debilita una sociedad? Ibn Jaldún creía que se debía sobre todo al exceso de burocracia, legislación e impuestos, que limitarían el desarrollo de la actividad productiva y la derivarían a fines políticos debido a la intervención de unos burócratas ignorantes de los mecanismos básicos de la economía.

Historiográficamente, Ibn Jaldún rompe con la tradición islámica de considerar la información verídica según la credibilidad del emisor y, en cambio, alentó la aplicación de la crítica sobre las historias mismas. En definitiva, en el *Muqaddimah*, este autor reflexiona sobre la creación de una filosofía de la historia a partir de la observación de dinámicas repetidas y generales a los eventos históricos. Desarrolló así un concepto de Historia y una filosofía de estudio que no tuvo paralelo hasta época contemporánea, siendo generalmente comparado con los miembros de la escuela de Annales (Bloch, Febvre, Braudel). Tal y como indicó el historiador A.J. Toynbee: “Ibn Jaldún concibió y formuló una filosofía de la historia que es sin duda el trabajo más grande que jamás haya sido creado por una persona en ningún tiempo y en ningún país”. Así, se le ha considerado el padre del actual concepto de Historia. Por desgracia, fue una figura aislada que no encontró continuidad y que sólo fue recuperado de manera muy tardía.